

# FRANCO

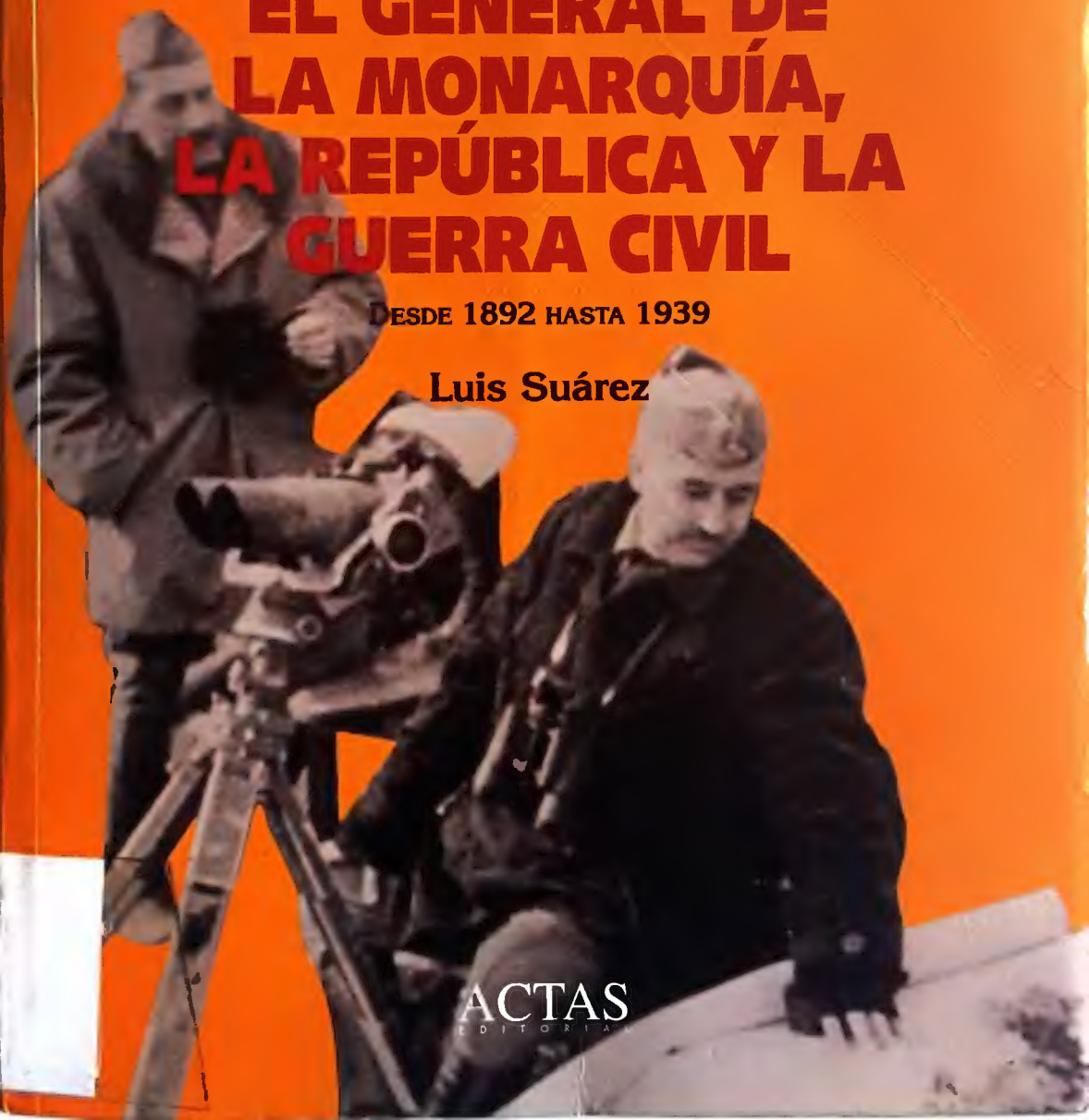
CRÓNICA DE UN TIEMPO

## EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez

ACTAS  
EDITORIAL





**Luis Suárez  
Fernández,**  
nacido en  
Gijón en  
1924 es, en  
la actuali-  
dad, profe-  
sor emérito  
en la Uni-  
versidad  
Autónoma  
de Madrid,

miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

# FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

## Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939)*.
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945)*.
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953)*.
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961)*.
5. Resistencia a la subversión *(de 1961 a 1967)*.
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975)*.

Índices.

**L**uis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

**FRANCO:  
CRÓNICA DE UN TIEMPO**

**EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA  
Y LA GUERRA CIVIL  
Desde 1892 hasta 1939**

## ÍNDICE

|                                                                 | <u>Página</u> |
|-----------------------------------------------------------------|---------------|
| <b>Nota previa</b> .....                                        | 13            |
| <b>Introducción general. Franco, crónica de un tiempo</b> ..... | 15            |

### PRIMERA PARTE FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

|                                                                        |     |
|------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino</b> ..... | 49  |
| I. El linaje de Franco .....                                           | 49  |
| II. España en el tránsito del siglo XIX al XX .....                    | 54  |
| III. Divisiones ideológicas .....                                      | 59  |
| IV. 1898 .....                                                         | 63  |
| V. La aparición de los separatismos .....                              | 68  |
| <b>Capítulo 2. La llamada de África</b> .....                          | 74  |
| I. Origen de la cuestión marroquí .....                                | 74  |
| II. La Academia de Infantería .....                                    | 77  |
| III. La Semana Trágica de Barcelona .....                              | 78  |
| IV. El segundo teniente .....                                          | 83  |
| V. Marruecos, al fin .....                                             | 85  |
| VI. El teniente de Regulares .....                                     | 88  |
| VII. Ascenso a capitán. La grave herida de <i>El Biutz</i> .....       | 91  |
| <b>Capítulo 3. 1917</b> .....                                          | 95  |
| I. Oviedo .....                                                        | 95  |
| II. Trasfondos doctrinales .....                                       | 98  |
| III. Los mecanismos de la revuelta .....                               | 101 |
| IV. El comandante Franco y la revolución .....                         | 108 |
| <b>Capítulo 4. Diario de una bandera</b> .....                         | 112 |
| I. La primera idea de la Legión .....                                  | 112 |
| II. Dar Riffien .....                                                  | 117 |
| III. De Uad Lau a Xauen .....                                          | 121 |
| IV. Annual .....                                                       | 125 |
| V. Dar Drius .....                                                     | 127 |
| <b>Capítulo 5. El camino de Alhucemas</b> .....                        | 131 |
| I. El fin de la Restauración .....                                     | 131 |
| II. Franco, al frente de la Legión .....                               | 135 |
| III. El enfrentamiento con Primo de Rivera .....                       | 140 |

|                     |                                                  |     |
|---------------------|--------------------------------------------------|-----|
| IV.                 | La hora sombría de Xauen                         | 143 |
| V.                  | Alhucemas                                        | 147 |
| <b>Capítulo 6.</b>  | <b>La Academia General de Zaragoza</b>           | 154 |
| I.                  | El general más joven de Europa                   | 154 |
| II.                 | El nombramiento de director de la Academia       | 158 |
| III.                | El fin de la Dictadura                           | 163 |
| IV.                 | El «error Berenguer»                             | 167 |
| <b>Capítulo 7.</b>  | <b>1931</b>                                      | 173 |
| I.                  | Franco y el 14 de abril                          | 173 |
| II.                 | Antimilitarismo                                  | 178 |
| III.                | Anticlericalismo                                 | 182 |
| IV.                 | Cierre de la Academia General                    | 188 |
| <b>Capítulo 8.</b>  | <b>El día en que España dejó de ser católica</b> | 191 |
| I.                  | La declaración ante el comité del Congreso       | 191 |
| II.                 | La Constitución de 1931                          | 195 |
| III.                | Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo          | 202 |
| IV.                 | La Comandancia General de Baleares               | 208 |
| <b>Capítulo 9.</b>  | <b>Franco se alinea en el anticomunismo</b>      | 213 |
| I.                  | El joven orador del teatro de La Comedia         | 213 |
| II.                 | La doctrina falangista                           | 218 |
| III.                | Victoria electoral de la CEDA                    | 222 |
| IV.                 | Ascenso a general de División                    | 227 |
| <b>Capítulo 10.</b> | <b>Franco y la Revolución de Octubre</b>         | 233 |
| I.                  | Los preparativos del Golpe Socialista            | 233 |
| II.                 | La toma de decisión                              | 236 |
| III.                | Franco en el Ministerio de la Guerra             | 240 |
| IV.                 | Las consecuencias                                | 245 |
| <b>Capítulo 11.</b> | <b>Reorganizar el Ejército</b>                   | 249 |
| I.                  | La evolución falangista                          | 249 |
| II.                 | Franco, jefe del Ejército de África              | 252 |
| III.                | Franco, al frente del Estado Mayor               | 255 |
| IV.                 | El fin de Lerroux                                | 261 |
| <b>Capítulo 12.</b> | <b>La tentación resistida</b>                    | 265 |
| I.                  | Diciembre, 1935                                  | 265 |
| II.                 | Las opciones preelectorales                      | 268 |
| III.                | El resultado de la votación                      | 273 |
| IV.                 | Cinco días de febrero                            | 276 |

## SEGUNDA PARTE

### GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

|                                                                       |     |
|-----------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento</b>               | 285 |
| I. El fin de Alcalá Zamora                                            | 285 |
| II. La candidatura por Cuenca                                         | 290 |
| III. Los antecedentes de la conspiración                              | 294 |
| <b>Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón</b>      | 301 |
| I. La carta a Casares Quiroga                                         | 301 |
| II. Los argumentos jurídicos encontrados                              | 307 |
| III. Galicia saluda a Francia                                         | 313 |
| IV. Sin novedad en Marruecos, mi general                              | 315 |
| <b>Capítulo 15. Internacionalización del conflicto</b>                | 320 |
| I. Cuatro días de julio                                               | 320 |
| II. Equilibrio de fuerzas                                             | 327 |
| III. La búsqueda de mercados                                          | 330 |
| IV. El «pecado original» de Franco                                    | 335 |
| V. La posición ideológica inicial de Franco                           | 339 |
| <b>Capítulo 16. Cruzar el Estrecho</b>                                | 343 |
| I. La firme decisión                                                  | 343 |
| II. Por aire y por mar                                                | 345 |
| III. Los barcos que la cruzaron                                       | 349 |
| IV. De Sevilla a Talavera                                             | 352 |
| <b>Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado</b> | 361 |
| I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento                        | 361 |
| II. La caída de Talavera produce cambios                              | 366 |
| III. Hora de decisiones                                               | 371 |
| IV. El Decreto                                                        | 375 |
| V. Investidura burgalesa: el Caudillo                                 | 380 |
| <b>Capítulo 18. Los cambios políticos internos</b>                    | 385 |
| I. El ascenso de los totalitarios                                     | 385 |
| II. Salamanca, Cuartel General                                        | 388 |
| III. Salvar a José Antonio                                            | 392 |
| IV. La difícil cuestión vasca                                         | 399 |
| V. Don Miguel de Unamuno                                              | 403 |
| <b>Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida</b>                        | 408 |
| I. El proyecto de No Intervención                                     | 408 |
| II. La marcha sobre Madrid                                            | 412 |
| III. El asalto a Madrid                                               | 417 |

|                                                                                   |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia</b>                   | 423 |
| I. La idea de enviar «voluntarios»                                                | 423 |
| II. La muerte de José Antonio                                                     | 426 |
| III. El acuerdo hispano-italiano                                                  | 429 |
| IV. Batallas en torno a Madrid                                                    | 432 |
| V. Las gestiones del doctor Junod                                                 | 437 |
| <b>Capítulo 21. Del altar y del trono</b>                                         | 441 |
| I. La actitud inicial del Vaticano                                                | 441 |
| II. Las primeras gestiones de Gomá                                                | 445 |
| III. Masonería                                                                    | 448 |
| IV. Perspectivas de restauración                                                  | 450 |
| V. De nuevo el Comité de No Intervención                                          | 454 |
| <b>Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia</b>                                   | 456 |
| I. CTV. Corpo di truppe volontaire                                                | 456 |
| II. Guadalajara: un objetivo muy preciso                                          | 458 |
| III. De nuevo la No Intervención                                                  | 462 |
| <b>Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política</b>                      | 466 |
| I. Rumores salmantinos                                                            | 466 |
| II. <i>Mit brennender Sorge</i>                                                   | 470 |
| III. El Decreto comienza a gestarse                                               | 474 |
| IV. Tres noches de abril                                                          | 477 |
| V. Prisión de Manuel Hedilla                                                      | 482 |
| VI. Proceso y sentencia                                                           | 485 |
| <b>Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica</b> | 491 |
| I. Los voluntarios vasco-navarros                                                 | 491 |
| II. La Cuaresma de España                                                         | 495 |
| III. La ruptura del frente de Vizcaya                                             | 500 |
| IV. El bombardeo de Guernica                                                      | 503 |
| V. Las concesiones de Franco                                                      | 506 |
| VI. Gomá y Pizzardo                                                               | 510 |
| <b>Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio</b>                                        | 513 |
| I. Los obispos deben pronunciarse                                                 | 513 |
| II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola                               | 515 |
| III. Incidentes internacionales                                                   | 519 |
| IV. Al fin, Bilbao                                                                | 522 |
| V. El Vaticano reconoce a Franco                                                  | 526 |
| <b>Capítulo 26. La decisión de Brunete</b>                                        | 534 |
| I. Eliminación del POUM                                                           | 534 |
| II. <i>Animal Farm</i>                                                            | 536 |
| III. ¿Victoria o derrota?                                                         | 539 |

|                                                                                         |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| IV. La consecuencia: Santander                                                          | 542 |
| V. Belchite                                                                             | 545 |
| VI. El final del frente Norte                                                           | 547 |
| <b>Capítulo 27. Construir el Movimiento</b>                                             | 550 |
| I. Eliminación de la democracia inorgánica                                              | 550 |
| II. El anuncio de la Monarquía                                                          | 553 |
| III. Los Estatutos del Movimiento                                                       | 557 |
| IV. Las dificultades internas                                                           | 561 |
| <b>Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich</b> | 566 |
| I. ¿Beligerancia?                                                                       | 566 |
| II. La conferencia de Nyon                                                              | 569 |
| III. Alemania presenta sus demandas                                                     | 572 |
| IV. El proyecto Montana                                                                 | 575 |
| <b>Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma</b>                               | 580 |
| I. Consejo Nacional del Movimiento                                                      | 580 |
| II. Vicente Rojo conquista Teruel                                                       | 585 |
| III. En las horas bajas                                                                 | 589 |
| IV. La ruptura con la Hisma                                                             | 591 |
| <b>Capítulo 30. Institucionalizar la Dictadura</b>                                      | 594 |
| I. El Consejo de Ministros                                                              | 594 |
| II. Las primeras acciones del Consejo                                                   | 597 |
| III. El crecimiento de Serrano Suñer                                                    | 601 |
| IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano                                     | 605 |
| V. El fracaso de Manuel Irujo                                                           | 609 |
| <b>Capítulo 31. Mare Nostrum</b>                                                        | 613 |
| I. La decisión de febrero                                                               | 613 |
| II. El Fuero del Trabajo                                                                | 616 |
| III. Primeros pasos hacia una guerra general                                            | 620 |
| IV. La batalla de Aragón                                                                | 622 |
| <b>Capítulo 32. Final del Proyecto Montana</b>                                          | 627 |
| I. Las decisiones de Negrín                                                             | 627 |
| II. Dirigismo estatal deliberado                                                        | 630 |
| III. De nuevo el freno en los avances                                                   | 634 |
| IV. Las directrices políticas del conde de Jordana                                      | 637 |
| V. La ley de Minas                                                                      | 643 |
| <b>Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich</b>                            | 646 |
| I. Los planteamientos militares                                                         | 646 |
| II. El estancamiento                                                                    | 650 |
| III. La crisis sudete                                                                   | 653 |
| IV. La victoria en el Ebro                                                              | 658 |

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| <b>Capítulo 34. Barcelona</b>               | 662 |
| I. Secuelas diplomáticas de Munich          | 662 |
| II. Los últimos esfuerzos de paz            | 666 |
| III. El avance hasta Barcelona              | 669 |
| IV. El final del Régimen Republicano        | 675 |
| <b>Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid</b>  | 678 |
| I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern | 678 |
| II. Proyectos para una capitulación         | 681 |
| III. Los cuatro días de marzo               | 688 |
| IV. La liquidación de la guerra             | 690 |
| <b>Notas</b>                                |     |
| Notas al Capítulo 1                         | 694 |
| Notas al Capítulo 2                         | 697 |
| Notas al Capítulo 3                         | 701 |
| Notas al Capítulo 4                         | 703 |
| Notas al Capítulo 5                         | 705 |
| Notas al Capítulo 6                         | 708 |
| Notas al Capítulo 7                         | 709 |
| Notas al Capítulo 8                         | 713 |
| Notas al Capítulo 9                         | 716 |
| Notas al Capítulo 10                        | 719 |
| Notas al Capítulo 11                        | 721 |
| Notas al Capítulo 12                        | 723 |
| Notas al Capítulo 13                        | 725 |
| Notas al Capítulo 14                        | 729 |
| Notas al Capítulo 15                        | 732 |
| Notas al Capítulo 16                        | 736 |
| Notas al Capítulo 17                        | 739 |
| Notas al Capítulo 18                        | 743 |
| Notas al Capítulo 19                        | 747 |
| Notas al Capítulo 20                        | 749 |
| Notas al Capítulo 21                        | 751 |
| Notas al Capítulo 22                        | 753 |
| Notas al Capítulo 23                        | 755 |
| Notas al Capítulo 24                        | 760 |
| Notas al Capítulo 25                        | 764 |
| Notas al Capítulo 26                        | 768 |
| Notas al Capítulo 27                        | 769 |
| Notas al Capítulo 28                        | 771 |
| Notas al Capítulo 29                        | 773 |
| Notas al Capítulo 30                        | 775 |
| Notas al Capítulo 31                        | 779 |
| Notas al Capítulo 32                        | 781 |
| Notas al Capítulo 33                        | 783 |
| Notas al Capítulo 34                        | 785 |
| Notas al Capítulo 35                        | 787 |

### NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial —la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno— cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo —en general contra el marxismo— y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

**L.S.F.**

## **SEGUNDA PARTE**

### **GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO**

## CAPÍTULO 32

**FINAL DEL PROYECTO MONTANA.****I. LAS DECISIONES DE NEGRÍN.**

1. Noticias y datos muy coincidentes permiten asegurar que, en el Gobierno de la República, hubo conciencia de que el desastre sufrido entre los meses de marzo y abril de 1938 tenía dimensiones definitivas. Indalecio Prieto, ministro de Defensa, pidió al Estado Mayor un informe: ¿debía interpretarse este suceso militar como la señal de que se había perdido la guerra? Vicente Rojo no contestó directamente: aconsejó tan sólo que se creara un clima de resistencia heroica en Cataluña, donde ahora estaba el Gobierno, semejante al de Madrid en noviembre de 1936. A juzgar por la propaganda que se hizo, este consejo fue atendido. Azaña afirma que, desde algunos meses antes, él estaba convencido de que habían perdido la guerra y que, por tanto, la prolongación de la lucha podía contemplarse tan sólo como una medida extrema orientada a conseguir una paz negociada en lugar de la capitulación sin condiciones. El 26 de marzo, en un Consejo de Ministros que se celebró todavía en Valencia, amenazada ahora por el avance de los nacionales, Prieto apuntó la conveniencia de disponer de fondos abundantes de divisas en bancos extranjeros para atender a los republicanos cuando tuviesen que vivir en el exilio, y Negrín dio cuenta de una conversación con el embajador francés, Labonne, acerca de un eventual asilo de los barcos españoles en alguna de las dos grandes bases, Bizerta o Toulon.<sup>1</sup>

Tres días más tarde, al reunirse de nuevo los ministros en Pedralbes, la actitud de Negrín había cambiado por completo. Contaba desde luego con Leon Blum, que había decidido abrir la frontera el 27 de marzo, y por eso exigió de Prieto y de Zugazoitia que rechazasen cualquier propuesta de paz que pudiera presentarse. Azaña estaba presente en la reunión y sostuvo que, sobre los datos conocidos —pérdida del 35% de sus efectivos— el Ejército popular no estaba en condiciones de continuar la guerra y que toda resistencia era una locura. Como ya sucediera en octubre de 1934 los comunistas, cuya fuerza era indiscutible, estaban dispuestos a seguir la lucha hasta el fin. Al llegar la noticia de la entrada de los nacionales en Cataluña, se organizó una impresionante manifestación: Dolores Ibarruri, «la Pasionaria», cubrió a

Prieto de insultos, exigiendo su inmediata destitución. Negrín procedió a remodelar su Gobierno haciéndose personalmente cargo de la cartera de Guerra. Prieto y Zugazagoitia pasaron al ostracismo.

En sus memorias posteriores tanto Luis Araquistáin como Juan Simeón Vidarte consideran la remodelación del Gobierno del 5 de abril como una especie de golpe de Estado por parte de Negrín que prácticamente deja de guiarse por las opiniones del Partido Socialista para someterse a las de los comunistas. Es difícil rechazar esta opinión cuando se examina la documentación hasta ahora conocida, emanada del Comité Central. De modo que, al final, Franco iba a tener razón en su recurso de propaganda de que se estaba luchando para impedir la implantación en España de una dictadura comunista. Es cierto que Negrín no estaba afiliado al Partido pero, incluso en 1945, como tendremos ocasión de ver, actuaba bajo las presiones de la III Internacional. Ésta había decidido resistir hasta el extremo, con dos perspectivas alternantes: aquella que indica Tuñón de Lara, y que en realidad aparece formulada por Azaña en sus *Memorias* (un enemigo que negocia con las armas en la mano obtiene mejores condiciones que el que las abandona); y aquella otra que se inscribía en la trayectoria hitleriana. Si la guerra era en Europa casi inevitable, resistiendo podría la causa republicana fundirse con la de los aliados.

Azaña da cuenta de una entrevista dramática que celebró el 22 de abril con Negrín:<sup>2</sup> de acuerdo con esta versión, era él quien sostenía que con las fuerzas de que aún disponían, y contando con la simpatía que despertaban en Europa, los republicanos estaban en condiciones de lograr ventajas imposibles en el caso de que dejasen pasar la oportunidad. Ocho días más tarde, el 30 de abril, Negrín hacía públicos los 13 puntos en que debía basarse la paz. Fueron presentados por la propaganda en el extranjero con grandes alardes, como si fuera un programa de gobierno. En realidad estaban destinados a hacer creer que se estaba luchando en Espada por una verdadera democracia contra una dictadura impuesta por las potencias fascistas.

2. El punto 6 del programa de Negrín aludía a la libertad religiosa, pero de una manera muy vaga, hablando sólo de respeto a la conciencia. En este momento, en que la designación de un nuncio en Burgos daba importante espaldarazo a Franco, el presidente del Gobierno quería establecer contacto con el Vaticano para dar la impresión de que también a él se otorgaba un reconocimiento. Utilizó tres vehículos: el vicario de Tarragona-Lérida, Salvador Rial, que representaba a Vidal y Barraquer, la Embajada de Francia ante el Vaticano, y las relaciones de Irujo y también de la Generalidad con monseñor Torrent. Se pretendía que éste admitiese el nombramiento de un sacerdote para una sola iglesia, y prácticamente en secreto, con objeto de que pudiera anunciarse fuera de España que había en aquella ciudad culto católico. Torrent se negó por las razones antes expuestas –culto había, y mucho, en la clandestinidad– y no estaba dispuesto a servir de vehículo de propaganda.

La persecución entonces arreció. El 22 de marzo Torrent fue detenido: se encontraron en su domicilio hojas clandestinas, esto es, instrucciones pastorales. Al mismo tiempo varios cientos de personas fueron enviadas a la cárcel y allí permanecieron después de que Torrent fuera puesto en libertad. Ya no se acusaba a los católicos de prácticas religiosas prohibidas sino de alta traición y espionaje: así fue ejecutado el 2 de abril de 1938, el ecónomo de Vilamajor, Manuel Ribas, el salesiano Julio Junier

—sus actividades de espionaje consistían en difundir la doctrina cristiana— el 26 de abril, y el sacerdote José Masip, junto con otras dieciséis personas, el 27 de mayo. En ningún caso había otro delito que el de empeñarse en seguir practicando la religión.<sup>3</sup>

Otro de los puntos de Negrín prometía «amplia aministía». Resultaba un contrasentido. En la práctica ambos bandos respondían a métodos frecuentes en las guerras civiles, aunque sin llegar a los extremos que muy pronto iba a conocer Europa. En carta a Negrín del 25 de abril, Companys describe una situación espantosa, con más de un centenar de penas de muerte dictadas por tribunales en plazo de una semana y ejecutadas con el enterado del Gobierno central. Los testimonios de Simeón Vidarte<sup>4</sup> y de Segismundo Casado<sup>5</sup> son irrefutables. Los comunistas aprovechaban el poder fáctico de que disfrutaban para incrementar las represalias contra los disidentes.

Los católicos catalanes consiguieron hacer llegar noticias del recrudecimiento de la persecución a dos sacerdotes gerundenses, Domingo Campol y José María Albert, que vivían en Perpiñán, los cuales avisaron a su obispo, Cartañá, que residía de momento en París. De este modo llegaron a Gorná las noticias que él comunicó a Pacelli (25 de abril). En sus cartas a Vidal y Barraquer, Irujo trataba de defenderse diciendo que los sacerdotes perseguidos eran los que no habían querido colaborar con él en los esfuerzos de paz y que anhelaban el triunfo de Franco. Vidal rechazó esta vez el razonamiento. Sabía que la sentencia contra Masip y sus dieciséis compañeros había sido debatida en el Consejo de Ministros y confirmada con la presencia de Irujo. No puede negarse, por tanto, la responsabilidad del Gobierno.

Ya no se hablaba de delitos religiosos, pero venía a ser lo mismo. El 25 de junio de 1938 el Ministerio de la Guerra reconoció el derecho de los soldados a recibir auxilios espirituales según su religión, pero esto, en la práctica, afectaba únicamente a los vascos. Cuando la Generalidad, aprovechando este clima, permitió asistencia religiosa a los presos que dependían de ella —no a los del Gobierno central— Torrent pudo visitar al obispo Anselmo Polanco e incluso que se le concediese autorización para celebrar misa en su celda. Esta asistencia, sin embargo, no resultaba fácil: aquellos sacerdotes que pretendiesen ser reconocidos como tales, a efectos puramente privados, tuvieron que proveerse de una «carta de trabajo», la cual sólo se otorgaba mediante una declaración pública de que rechazaban la carta colectiva de los obispos y condenaban la complicidad de la Iglesia con los militares sublevados. En estas condiciones nadie se atrevía a solicitarla.

**3.** Una reorganización a fondo del Ejército de la República fue acometida aquella primavera, utilizando para ella el material que abundantemente estaba llegando. La idea de que el desastre se había producido porque los nacionales disponían de superioridad aérea, movió a Hidalgo de Cisneros a trasladarse a Rusia para gestionar un enorme pedido de 200 Moscas y 100 Chatos. De ellos llegarían a entregarse 90. Esta vez no podían ser pagados con el oro, porque se habían agotado las reservas. De modo que si la III Internacional quería que continuase la resistencia en España, tenía que abrir un crédito. Negrín dio todo su apoyo a Vicente Rojo que proponía convertir a Cataluña en un bastión inexpugnable.

Miaja fue encargado del mando de todos los Ejércitos de la zona sur, con instrucciones para detener el avance sobre Valencia que se temía. De hecho entre abril

y mayo de 1938 fueron varias las operaciones ofensivas locales que desencadenó, a fin de fijar las reservas del enemigo aliviando la presión que en otras partes se hacía insostenible, mientras ponía en marcha planes de mayor alcance para la fijación de líneas en la costa mediterránea. Segismundo Casado sustituyó a Miaja en el mando de Madrid. Rojo dispuso de un plazo de respiro gracias a la decisión de Franco de detener el avance en Cataluña<sup>6</sup> y lo empleó en una reorganización a fondo, partiendo de casi nada. Sus proyectos eran meramente defensivos; desde el 4 de abril estaba disponiendo obras de fortificación en seis líneas numeradas de L-1 a L-6 sobre las que pensaba organizar esa resistencia a la desesperada que, con evidente retórica, se llamaba «numantina».

El coronel José Perea Capulino asumió el mando del Ejército del Este, compuesto por cuatro Cuerpos, existentes más sobre el papel que sobre la realidad; una de sus Divisiones, la 43, había quedado cercada en Bielsa, sobre la frontera, dispuestos sus miembros a cruzarla en cualquier momento.<sup>7</sup> Juan Modesto, ascendido a teniente coronel, mandaba la Agrupación Autónoma del Ebro con dos Cuerpos, el V de Lister y el XV de Tagüena. Éstas eran las mejores fuerzas; de ellas se esperaba que impidiesen al enemigo cruzar el Ebro. A toda prisa se estaban llamando nuevos reemplazos; eran 17 quintas las movilizadas. Muchos eran niños, sin utilidad, otros demasiado viejos. El número de prófugos y desertores aumentaba prodigiosamente. Rojo retuvo al general Riquelme a su lado pero envió a José Aranguren a colaborar con Miaja. Al comenzar el mes de junio las esperanzas de un rápido fin de la guerra se habían disipado.

## II. DIRIGISMO ESTATAL DELIBERADO.

**I.** El entusiasmo que producían las victorias militares —apenas si podían los periódicos reservar espacio para otra cosa— hizo que quedaran bastante oscurecidas las decisiones que el Gobierno nacional iba tomando; en la mayor parte de ellas no era necesaria la intervención del Generalísimo y ni siquiera nos consta que se le diera cuenta. Había, en conjunto, un deliberado propósito de aumentar el poder del Estado, especialmente sobre las actividades políticas, la economía, los medios de comunicación y los sindicatos. Se argumentaba para justificarlo con la necesidad de restablecer el orden, desaparecido prácticamente el 18 de julio —mucho antes, si se hacía caso de la propaganda— y para ello se recomendaba la más estricta disciplina. Una frase de Rafael Sánchez Mazas se empleó como slogan: «procura ser siempre la rueda del carro y deja a quien deba ser, su gobierno». Los resultados, en orden a la reconstrucción nacional, que inmediatamente se obtuvieron, llevaron a la convicción de los gobernantes que estaban siguiendo el camino correcto. Europa entera vivía entonces la última etapa de los nacionalismos y España no iba ser una excepción. En la remodelación impuesta por Negrín el 5 de abril se manejaban semejantes argumentos. Disciplina era imprescindible para ganar la batalla de la paz después de la de la guerra. Debemos prescindir del orden de valores establecido en nuestros días si queremos entender qué fue, qué se hizo, qué se pretendía lograr en aquel otro momento tan distinto. Aunque parezca fuera de lugar bueno es recordar que Roosevelt estaba saltándose todas las normas y fue el primer presidente vitalicio de Estados Unidos; su última reelección fue un mero trámite.

Así se comprende la importancia que reviste la ley de Prensa promulgada el 22 de abril de 1938 mediante la firma de Franco. Estuvo vigente hasta 1966, esto es, mucho tiempo después de que cesaran las circunstancias de la guerra; lo que demuestra que no se trataba de una medida de emergencia.<sup>8</sup> Fue redactada por Serrano Suñer y se aplicó con mucho rigor durante los primeros años y más tarde en forma muy matizada, pero sin que el Régimen se apartara del principio de que la función educativa e informativa inherente a los medios de comunicación, impedía que se les consintiese usar su libertad para destruir la moral y la dignidad de la persona humana. De una forma muy ruda lo expresó Pedro Gómez Aparicio tiempo después: «liberar al pueblo de la libertad de prensa». Esta frase se pronunció bastante tiempo después.

La ley consideraba a los medios de comunicación como «parte integrante del Estado», al cual correspondía «la organización, vigilancia y control de la institución nacional de la prensa periódica». A través del Servicio Nacional de Prensa del Ministerio del Interior, que ocupaba Serrano Suñer, y de sus delegaciones provinciales, se proponía el Estado regular el número, extensión y tirada de los periódicos, la reglamentación de la profesión periodística y de todas sus actividades. El Estado, pero no el Partido, aunque es posible que hubiese aquí un proyecto ulterior. Sólo la censura aparecía en relación con las circunstancias anormales de la guerra pues se decía «mientras no se disponga su supresión». Es muy probable que, como pronto sucedería con las publicaciones científicas de Universidades y centros de Investigación reconocidos, se proyectase entonces llegar a una situación en que, ordenada definitivamente la prensa, se hiciera a ella misma responsable de sus tareas, desapareciendo la censura exterior, siempre difícil de ejercer y proclive a equivocaciones. De hecho cuando la guerra concluyó la prensa del Movimiento reclamó para sí la exención de censura.

Al Ministerio del Interior correspondía aprobar el nombramiento de los directores de periódicos pudiendo decretar su cese cuando lo estimara oportuno. También «tendrá facultad para castigar gubernativamente todo escrito que directa o indirectamente tienda a mermar el prestigio de la nación o del Régimen, entorpezca la labor del gobierno en el nuevo Estado o siembre ideas perniciosas entre los intelectualmente débiles». No cabe duda, pues, de que se trataba de suprimir la libertad de prensa porque se la consideraba como un grave mal. Tratemos de situarnos en el punto de vista de quienes lo intentaron. Al convertirse las empresas periodísticas en grandes complejos con capital muy crecido, siendo además, escasamente rentables —sin anuncios ni subvenciones los periódicos ya no podían vivir—, esa libertad se había convertido en privilegio reservado a unos pocos: aquéllos a quienes interesaba invertir en un programa de moldeamiento de la opinión. Se trataba de impedir que ese privilegio pudiera ponerse en contra del nuevo Estado. Por esta razón nunca se escondieron las verdaderas intenciones: destruir el sistema de privilegios en que se amparaban las empresas periodísticas.

La jerarquía eclesiástica se quejó, primero con cierto comedimiento —las circunstancias no permitían otra cosa— y luego más abiertamente, pues había una cadena de periódicos que pertenecía a su ámbito. Serrano Suñer argumentó de dos maneras: las publicaciones directas de la Iglesia no se veían afectadas por la ley, como se había demostrado un año antes con el caso de la *Mit brennender Sorge*, y además las normas de respeto a la moral y a la doctrina católica estaban rigurosamente asegu-

radas dentro del nuevo orden. Años más tarde, cuando el Régimen desapareció ni la jerarquía católica tuvo cadena de periódicos que defender, pues desaparecieron, ni la moral y doctrina católica quedaron mínimamente protegidas. Son las dos caras de la moneda que impiden al historiador adoptar posturas rigurosas en uno u otro sentido. Cada sistema tiene defectos y ventajas que tienen que ser tenidas cuidadosamente en cuenta.

2. El mismo dirigismo encontramos en la Economía. Durante veinte años Juan Antonio Suanzes iba a ser figura dominante en este campo. La consigna era crear riqueza; sin esta creación resultaría imposible la justicia social. Por eso las primeras disposiciones que emanaron del Ministerio de Industria y Comercio se referían a las Comisiones de Incorporación, que debían encargarse de poner nuevamente en marcha aquellas empresas industriales y mercantiles que los sindicatos rojos desmantelaran, haciéndolas producir, y a un plan para el establecimiento de nuevas industrias (20 de mayo de 1938). Las Comisiones, que empezaron a existir el 18 de abril, tenían cierto aire militar. En definitiva se pretendía no confiar la producción únicamente a los intereses del capital sino poner en marcha, independientemente de los beneficios que la inversión pudiera obtener, sectores para los productos que se considerasen necesarios. Es la idea que desarrollará el INI. En otras palabras, se trataba de servir a la sociedad proporcionándole bienes con independencia de que éstos diesen o no beneficios.

Algunas preocupaciones asomaban. Agotadas las reservas de oro y con muy limitadas perspectivas de recuperar los pocos depósitos que aún quedaban en el extranjero, era imprescindible obtener divisas. Únicamente dos fuentes aparecían como posibles en aquel momento: la venta de minerales metálicos y la exportación de agrios. La primera tropezaba con las exigencias alemanas, apremiantes desde el momento en que Goering se hiciera cargo de la dirección industrial para esa guerra que Hitler con toda reserva les anunciara, y la segunda con el desorden introducido por el Gobierno de la República en sus últimos tiempos. Apenas conquistado Castellón de la Plana se creó una Central de Exportación de Agrios que no pudo concluir su trabajo hasta el 30 de abril de 1939, concluida la guerra. El sistema creado, en definitiva para comprar armas, generaba obligaciones en forma de sueldos y de comisiones que disipaban todo el beneficio. Había que recuperar los mercados en Francia, Suiza, Bélgica, Checoslovaquia, Inglaterra y Dinamarca. Se logró bastante éxito: desde 1939 la producción aumentó en cantidad y calidad y la exportación generó divisas; los españoles tuvieron ocasión de quejarse de que se reservaba para consumo interior el género de peor calidad.

El principal rubro en gasto de divisas procedía de los carburantes. No había sido un problema durante la guerra —lo sería después al producirse la contienda mundial— gracias al apoyo de las Grandes Compañías norteamericanas, pero evidentemente significaban un gasto que perjudicaba la compra de otras materias como el algodón o la maquinaria, sin las cuales no habría restablecimiento industrial. Suanzes pensó en dos medidas que pudieran aliviar la situación: una incrementar la técnica del refinado, aumentando por ejemplo las instalaciones de Puertollano y buscando carburantes alternativos. Campsa, firme en su monopolio, y haciendo valer los servicios que sin duda prestaba al Estado, se resistía; para ella era más lucrativo

comprar gasolinas y fuel en el exterior, ya elaborados. Pero Suanzes se mantuvo firme.

En 1938 se encargó a un ingeniero especialista, Miguel Sáez de Santa María, un estudio a fondo del tema. Como resultado del mismo se emprendieron algunas acciones que, a veces, rozarían el puro arbitraje.

También se establecieron contactos con Ammonia Casale, una empresa suiza que trataba de aprovechar el acetileno a fin de obtener benzol, metanol y zylol de modo rentable.

**3.** Una de las preocupaciones demostradas por el nuevo Gobierno consistía en devolver a España su antigua potencia naval, objetivo que, probablemente, excedía las posibilidades económicas reales. El 24 de abril de 1938 fue creado, por decreto, el Consejo Superior de la Armada, que iba a ocuparse de elaborar planes y pasar a su ejecución. El almirante Cervera no se mostró conforme: la Marina necesitaba, según él, dimensiones ministeriales. En junio el Consejo entregó ya los primeros resultados de su trabajo así como una definición de objetivos: dada la configuración geográfica de España, era necesario disponer de una gran fuerza naval, con los sacrificios que esto comportaba, pues sólo desde ella podía conservarse libertad de acción entre los dos bloques de alianza que se estaban dibujando y caminaban hacia la guerra. Primer objetivo, la inmediata construcción de los ocho destructores ya propuestos, importando las piezas necesarias pero haciendo el montaje en astilleros españoles.

El 14 de julio Cervera propuso a Franco que se nombrase un agregado naval en la Embajada en Berlín porque los informes desde Alemania eran preciosos. También recomendó al Generalísimo que usara uniforme de Marina para satisfacer los deseos de ésta. Por esos mismos días, el 11 de julio, el Consejo de Ministros llegó a una decisión: sería El Ferrol la base para la construcción de barcos. Se esperaba que, en plazo de dos o tres años, a lo sumo, se hiciera innecesario importar. De cualquier modo —concluía el Consejo Superior de la Armada— o se producían los barcos en España o no se iba a poder disponer de ellos, en absoluto: ningún país, en aquellos momentos, estaba dispuesto a desprenderse de sus buques, salvo si eran tan viejos que podían considerarse inservibles.

La eficacia con que había llegado a establecerse el bloqueo del Mediterráneo fue utilizada como argumento por los marinos españoles para forzar decisiones de este tipo. Tras la llegada al mar, los nacionales aprovecharon el puerto de Castellón como enlace con Italia, y los aprovisionadores que, por su cuenta, acudían a vender en la Península comenzaron a pensar que era preferible el cliente nacional. Un barco griego que navegaba hacia Valencia, cambió de rumbo y fue a vender a los nacionales su valiosa carga. El mar para los transportes y consecuentemente para la defensa, era ya un elemento esencial.

**4.** El 16 de mayo de 1938 fue creado el Instituto de España. El nombre revela cierta tendencia a la imitación de lo que se había hecho desde la época de Napoleón en Francia. Se trataba de integrar en él las Reales Academias existentes, atribuyéndolas un nuevo fin además del de la coordinación: el nuevo Estado, siguiendo pautas que establecieran la Monarquía y la República, consideraba muy necesario el fomento de

actividades investigadoras. Un decreto determinó que las instalaciones de la Junta de Ampliación de Estudios, algunas de las cuales estaban sirviendo en aquellos momentos de casamatas en un campo de batalla, fuesen asignadas a ese nuevo organismo. La mano de Pedro Sainz Rodríguez se notaba, no sólo en el cariz que se quería dar –las Academias, cuyas vacantes se cubren por cooptación entre sus miembros, son una especie de aristocracia del saber– sino en el papel predominante que en la nueva investigación se otorgaba a las Humanidades. Pensaba el ministro, seguramente, que en este campo era en donde la investigación podía proporcionar a España el prestigio. Pero el proyecto no llegaría a alcanzar metas tan ambiciosas y el Instituto, que aún subsiste, no pasó de ser órgano de coordinación. Ibáñez Martín volvería a los proyectos de la Junta, cambiando su nombre por el de Consejo Superior de Investigaciones Científicas y ampliando considerablemente sus recursos.

Todavía en el mes de mayo el Consejo de Ministros crearía una comisión para la recogida y ordenación de documentos, aquellos que se habían dispersado a causa de la guerra. No se pretendía modificar el status de los convenientemente archivados pero sí utilizar políticamente los que se obtuviesen. Era tiempo de represión. Los más importantes fondos así rescatados corresponden sin duda a la Masonería.<sup>9</sup> El Ministerio de Hacienda, por su parte, ordenó que fueran reconocidos los títulos de la Deuda Pública y que, por consiguiente, se abonaran sus intereses. Muchos pequeños rentistas vivían de ellos. La medida era especialmente significativa porque, todavía, los precios del mercado conservaban su estabilidad.

El 13 de junio un decreto declaró que los Sindicatos Católicos también quedaban incorporados al Movimiento. La Iglesia formuló una protesta que no fue atendida. En realidad las nuevas autoridades se mostraban consecuentes con su política de unificación y sometimiento al Estado: una sólo excepción en favor de la Iglesia habría significado quebranto del principio, agravio comparativo y justificación de quienes se quejaban de los privilegios y prerrogativas que se reconocían a los eclesiásticos. Las consignas que circulaban por aquellos días eran de unidad, disciplina y sometimiento. Pero el decreto constituyó, sobre todo contemplado desde Roma, una especie de fisura en las relaciones entre Estado e Iglesia. Quienes lo patrocinaban aportaban una argumentación: la unidad sindical resultaba imprescindible antes de dar el primero e importante paso hacia la reforma, esto es, la transformación de los jurados mixtos creados en la época de la Dictadura en magistraturas de Trabajo.

Estas medidas, que corresponden a la primera etapa en el desarrollo de una acción de Gobierno, tendían al refuerzo de la dictadura estatal, apenas despersonalizada por la creación del Consejo de Ministros en el que correspondía a Serrano Suñer la principal influencia. Franco había transferido a un colegio de personas designadas por él, aunque en gran proporción elegidas por otros, los poderes absolutos que asumiera el 1 de octubre de 1936. Retenía la última decisión, pero sólo excepcionalmente modificaba acuerdos o propuestas de los ministros.

### III. DE NUEVO EL FRENO EN LOS AVANCES.

1. El 12 de abril de 1938 Queipo de Llano se quejó a Franco por el escaso relieve que se daba a las operaciones en el frente sur: late en la protesta una especie de recon-

vención porque no se le permitía compartir el alborozo de unas noticias que sumaban triunfos sobre Dávila. Este último, en cambio, modesto por naturaleza y por convicción, aparecía en las noticias desprovisto de protagonismo. Proponía dos alternativas: Extremadura, eliminando la peligrosa bolsa existente cerca de la frontera de Portugal, o Jaén. El 25 Franco respondió que, logrado el objetivo de partir en dos el territorio enemigo, existía la posibilidad de crear dos nuevos Cuerpos de Ejército, a las órdenes de Queipo, desde luego, uno en Extremadura y otro en Jaén pero comenzando las operaciones por el frente de Mérida. Se trataba en definitiva de ocupar el valle de la Serena, con dos ciudades importantes, Don Benito y Villanueva, una extensión de más de 3.000 km.<sup>2</sup> y una producción agrícola muy importante. La eliminación de la bolsa alejaba además el plan que Miaja y Vicente Rojo habían concebido mucho tiempo atrás.

Probablemente en los planes del Estado Mayor nacional entraba otra consideración, la de impedir a Miaja enviar reservas a Valencia, donde la resistencia se endurecía, pues la respuesta del Generalísimo del 25 de abril es posterior al plan de operaciones puesto en ejecución por Dávila hacia Valencia. Dicho plan lleva la fecha del 10 de abril pero responde a directrices firmadas por Franco los días 15 y 30 de marzo. Los ataques nacionales se iniciaron el 18 de abril, apenas tres días después de la llegada al mar por Vinaroz. Fueron rápidos hasta alcanzar Alcalá de Chisvert; aquí estaban las reservas que permitieron frenar el avance. El día 23 Varela inició a su vez la marcha desde Teruel para bordear el flanco del enemigo y llegar a Sagunto. Miaja, ahora al frente del GERC (Grupo de Ejércitos del Centro) estaba decidido a defender Valencia y disponía de tropas de refresco y mejor entrenadas que las que combatirían en el Ebro. Franco ordenó al Cuerpo de Ejército de Galicia que pasara a este frente, aun a riesgo de debilitar el de la línea del Segre-Noguera, y a pesar de eso no logró la ruptura espectacular que deseaba. Lluvias torrenciales a finales de abril obligaron a detener las operaciones.

Miaja comunicó sus impresiones: era imprescindible que el Ejército popular, todavía en trance de reorganización, pasara al ataque en otros frentes para impedir la acumulación de efectivos en Valencia. Rojo compartió esta convicción<sup>10</sup> y desde el 7 de mayo comenzó a preparar al GERO para una ofensiva en el Cinca. Sus objetivos eran dos: detener el avance nacional y recobrar las centrales eléctricas, tan importantes para Cataluña. Comenzó en la madrugada del 22 de mayo, con muchos efectivos y teniendo como fines inmediatos las cuatro cabezas de puente establecidas por los nacionales en Serós, Balaguer, la Baronia y Tremp. Salvo en la presa de San Lorenzo, los nacionales retuvieron todas sus posiciones. Los combates en la cabeza de Balaguer fueron verdaderamente duros, hasta el punto de que los nacionales tuvieron que sustituir la División 54 por la 53 porque se había llegado a un nivel de agotamiento. En Tremp las guarniciones de dos cotas, 882 y 800, murieron sin abandonar sus puestos, pero ganaron el tiempo suficiente para que llegaran los refuerzos de la 150 División restableciendo las líneas.

En conjunto la gran ofensiva de Vicente Rojo terminó en un fracaso pero demostró a sus adversarios que las fuerzas que se reorganizaban enfrente no eran tan débiles como se creyera. Los nacionales protagonizaron episodios de gran heroísmo, pero también el Ejército popular demostró extraordinaria capacidad combativa. Las espaldas estaban en alto.

2. La batalla de las cabezas de puente terminó el 27 de mayo. Al día siguiente Aranda, Alonso Vega y García Valiño reanudaban sus ataques al norte de Valencia y conseguían romper el frente. También aquí la resistencia se reveló fuerte y los avances fueron lentísimos. Hasta el 14 de junio no consiguieron los nacionales entrar en Castellón: encontraron en las calles numerosos cadáveres de civiles; eran aquellos que se habían precipitado a salir a la calle vitoreando a Franco y a los que asesinaron las tropas republicanas ya en retirada. Valencia parecía estar al alcance de estas fuerzas. Perspectiva engañosa porque las pérdidas que los nacionales experimentaban en sus costosos avances volvían a colocar la situación en un equilibrio difícil de romper. Este desgaste era especialmente apreciable en la Legión Cóndor: el 6 de junio dos oficiales de enlace, Volkmann y Jaenecke informaron a sus superiores de que la unidad no estaba en condiciones de seguir operando, de modo que, o se decidía su renovación, o se retiraba del frente. Hitler tomó personalmente la decisión: los legionarios debían continuar pero recibirían los primeros aviones de combate Messerschmidt 109, los mismos que antes de dos años darían a la Luftwaffe su superioridad; por primera vez se autorizó a oficiales españoles a pilotarlos.

Franco mantuvo sus directrices; pese a todo —y en este todo debemos incluir las opiniones de historiadores actuales que consideran que se trataba de un error— estaba decidido a seguir adelante sobre Valencia. Para quebrantar al enemigo urgió ahora a Queipo de Llano para que llevara a término sus planes en la bolsa de Mérida. En efecto, entre los días 14 y 20 de junio hubo ya una fase previa de ocupación y refuerzo de la línea del alto Zújar, entre Peñarroya y la Granja de Torrehermosa: allí estaban las bases de partida para la gran ofensiva de Extremadura. El ataque tuvo tanto éxito —demostró, como Queipo anunciara, que las defensas republicanas no eran fuertes— que Rojo llegó a preocuparse por lo que podía ser síntoma de debilidad. También Franco veía las cosas desde análoga perspectiva: el 2 de julio firmó la orden que disponía la supresión de la bolsa de Mérida. Ese mismo día Aranda, Alonso Vega y García Valiño tropezaban con la barrera defensiva que el coronel Menéndez había establecido en la sierra de Espadán. Ni por un instante pensaron en detenerse en ella. Lentamente, con gran gasto de fuerzas, avanzaron hasta Vall de Uxó. No sería sin embargo la resistencia del Ejército popular la que impidiese a los nacionales alcanzar Valencia.

Miaja, con sus operaciones en Levante, proporcionó a Vicente Rojo el tiempo que éste necesitaba. No cabe duda de que su obra en estos meses acredita una capacidad organizativa extraordinaria. La llegada de excelente material —aunque los pedidos cursados no llegaran a entregarse en su plenitud— permitió armar el GERO (Grupo de Ejércitos de la Región Oriental) compuesto de dos Ejércitos, el del Este y el del Ebro, constituido cada uno de ellos por tres Cuerpos de Ejército. A toda prisa se montaron centros de instrucción para los nuevos reclutas: el defecto fundamental radicaba en que abundaban entre ellos los demasiado viejos y los demasiado jóvenes. El predominio de mandos comunistas no era tan absoluto como la propaganda pretendía, pero de cualquier modo muy considerable. Enrique Lister y Juan Modesto pasaron a convertirse en héroes de leyenda.<sup>11</sup>

No tuvo tanta fortuna Beltrán Casaña, «el Esquinazao», ascendido a teniente coronel. Se presentaba su embolsamiento en Bielsa, al amparo de Monte Perdido, como un gesto de resistencia heroica. La realidad era que la División 43 quedó ais-

lada de su retaguardia ante el avance de los soldados de Solchaga: al no ser molestado por los nacionales pudo instalarse durante dos meses en una zona que protegían la nieve y el frío. Recibía aprovisionamientos desde Tarbes por cuenta del consulado español y desde el 9 de mayo ordenó a la población civil que abandonara sus pueblos y aldeas para evitar consumo de víveres. Las Brigadas de Navarra no esperaban más que la llegada de la primavera para reanudar las operaciones. El 9 de junio, desde Fanlo y San Juan de Plan, comenzaron el avance: los requetés escalaban los montes con sogas; ni la lluvia, ni el granizo, ni la ventisca terrible los detuvieron. El Esquinazao, con los suyos, cruzó la frontera y se refugió en Francia. A las unidades navarras se otorgó la Medalla Militar colectiva.

**3.** El mando republicano estaba convencido, desde el 19 de junio, de que los nacionales proyectaban una amplia maniobra de embolsamiento, atacando desde el sur (línea de Peñarroya) y desde el norte (Puente del Arzobispo) con tropas de refresco. Cursó instrucciones para que se defendiesen las posiciones a toda costa. No eran tan amplias las aspiraciones de Franco, ni tampoco las de Queipo. Hubo una operación de ataque el 19 de julio en Puente del Arzobispo, pero entraba dentro de las que, en los manuales de táctica, se llaman «de diversión». La ruptura del frente se produjo el 20 por las inmediaciones de Madrigalejo: aquí fue donde se logró la dispersión de las fuerzas de defensa. Fue ésta tan profunda que el 22 los que procedían del sur entraban en Monterrubio. Entonces Saliquet ordenó a los suyos que cruzasen el Guadiana. Se planteó al coronel Burillo, que mandaba las fuerzas republicanas, la oportunidad de evacuar la zona para evitar el cerco; la noticia transmitida por Miaja de que se le enviaban refuerzos, le decidió a permanecer. Los que venían del norte cruzaron el Guadiana el día 23 mientras los procedentes del sur tomaban Benquerencia y Castuera a las nueve de la noche del mismo día. El 24 la bolsa se cerró.

Queipo había conseguido alejar el frente de la frontera de Portugal asegurando el dominio de toda Extremadura. Burillo fue depuesto y sometido a proceso por negligencia e incapacidad. Un gran número de prisioneros, junto con el abundante botín, garantizaban el éxito de la operación. En este momento no sólo el plan P se tomaba imposible sino que Queipo de Llano se situaba por primera vez en condiciones de avanzar aguas arriba del Guadiana por los caminos que llevan a La Mancha. Pensaba en una gran operación que concluiría la guerra cuando llegó la noticia de que el GERO había pasado a la ofensiva atravesando el Ebro. A toda prisa las reservas fueron trasladadas a aquel frente en donde, ciertamente, se iba a decidir el fin de la contienda.

#### **IV. LAS DIRECTRICES POLITICAS DEL CONDE DE JORDANA.**

**1.** Así como la formación del primer Gobierno de Franco redundó en un aumento del poder de Ramón Serrano Suñer sobre las cuestiones internas, significó también que la política exterior, antes en manos de Nicolás Franco y de Sangróniz, pasara enteramente a manos de Jordana. Anticomunista convencido tampoco parecía más favorable a los nazis. Su orden preferencial, en cuanto a las relaciones que el nuevo Estado debía establecer, comenzaba, en todo caso por Inglaterra; el Reino Unido le

parecía el más estable políticamente y, por ello, digno de confianza. Intentaba, según sus propias anotaciones lo van revelando, mantener la alianza con Alemania e Italia, en cuanto naciones, pero sin adquirir compromisos con sus regímenes respectivos, de los que desconfiaba. En su diario, consultado hasta ahora únicamente por Tusell,<sup>12</sup> registró como especialmente favorables tres hechos: el reconocimiento oficial de la Santa Sede, al tiempo que se producía el de Portugal, pese a la actitud contraria de Inglaterra, y el compromiso adquirido por Italia, el 16 de abril, de retirar todos sus soldados de la Península al acabar la guerra.<sup>13</sup>

En sus intervenciones en el Consejo de Ministros, Jordana se mostraba franco admirador de Chamberlain y de sus planes para la conservación de la paz en Europa, revelando así cuál era su modo de pensar. Esto hizo que se le tuviera por anglofilo, pero este calificativo me parece exagerado. La razón esencial reside en que Jordana creía que Inglaterra estaría siempre dispuesta a presionar sobre Francia e Italia para evitar gestos precipitados e irremediables. De hecho es cierto que en la primavera de 1938 Chamberlain estaba ya absolutamente convencido de que Franco iba a alcanzar la victoria, y atemperaba sus maniobras en este sentido.

Como antes hiciera Sangroniz, Jordana buscó el modo de mantener cierto género de relaciones diplomáticas con Francia a través del cónsul en San Sebastián, Lesmartres, que desempeñaba funciones que iban mucho más allá de las meramente consulares. En París contaba también con otros representantes oficiosos, comenzando por el embajador Quiñones de León, que establecía contacto con altos funcionarios del Quai d'Orsay, Juan Ventosa, que representaba la Lliga y también los poderosos intereses financieros de Cambó, Eduardo Aunós y Santiago Alba que se había instalado en el hotel Crillón.<sup>14</sup> Cuando Daladier asumió la Presidencia, encargó los Asuntos Exteriores a Georges Bonnet, que no tenía los prejuicios antifranquistas de otros políticos: aceptó que personalidades de su país viajasen a la España nacional y que le visitaran oficiosamente algunas de estas personalidades. Bonnet justificaba la conducta de sus superiores presentándola como imposición socialista, y Daladier no podía dejar de contar con sus votos.

En cambio las relaciones con Alemania atravesaban momentos delicados, que exigían dosis fuertes de habilidad y de prudencia. Estaba el asunto Montana, embarrancado desde que el 25 de enero de 1938 Jordana explicara a von Stohrer y a Stille que no iba a haber concesiones mineras en la forma que los alemanes pedían.<sup>15</sup> Estaba también la cuestión de la Legión Cóndor pues Canaris, en su entrevista del 4 de abril, descubrió que Franco quería aviones pero no soldados alemanes. Y esta misma impresión recogió Stohrer dos días más tarde.<sup>16</sup>

2. Es muy posible que, como sucedía a muchos otros dirigentes políticos europeos, Franco viera en la anexión de Austria y la inmediata reclamación del territorio sudeste por parte de Hitler una señal de alarma y que, en consecuencia, llegara al convencimiento de que le convenía ejecutar una operación de despegue respecto de sus aliados. Esta actitud, como sabemos, fue ya percibida por Canaris en su entrevista del 4 de abril y no era exclusiva de Franco. Ribbentrop captó perfectamente el clima y telegrafió a Stohrer el 6 de abril para que consiguiera de Franco algún acuerdo de cooperación política jugando, sin duda, con la amenaza de no reponer la Legión Cóndor.<sup>17</sup> Probablemente fueron los diplomáticos alemanes los que pasaron noticia de

cómo, tras la decisión de Daladier de abrir la frontera, estaban pasando por ella grandes cantidades de material. A finales de abril se sabía, en el Cuartel General de Salamanca, que iba a producirse un fortalecimiento muy considerable del Ejército rojo.<sup>18</sup> Respondiendo a las preocupaciones del Führer, Franco garantizó al embajador alemán que no emplearía voluntarios extranjeros a una distancia menor de 50 kilómetros de la frontera francesa, para evitar cualquier fuente de conflicto.

Cuando a Juan Yagüe, que ya alardeaba de poder estar en Barcelona antes de una semana, se pasó la orden de detenerse en su avance y pasar a la defensiva con su Ejército de Marruecos, entendió que esto obedecía a presiones alemanas y se enfureció. El 19 de abril fue invitado a un acto conmemorativo de la Unificación que se celebraba en Burgos. Franco no se hallaba entonces en la ciudad sino en Zaragoza, en donde se celebraba otro acto semejante y pronunció también su discurso. Yagüe hizo el elogio de sus propios soldados y también de los del Ejército rojo. Maltrató a los extranjeros a los que calificó de «aves de rapaña». E hizo referencia a las represalias que tenían lugar en su zona reclamando —lo que era una voz bastante general— una revisión rápida que permitiese dar libertad a tantos miles de personas honradas que podían ser ganadas para el Movimiento con adecuada política de perdón. Arrastrado por su propio entusiasmo se refirió al caso de Hedilla y sus compañeros calificándolo de «desmán de la justicia».<sup>19</sup> Esto era algo que el Tribunal Supremo de Justicia Militar no podía consentir. En consecuencia se comunicó a Yagüe un arresto domiciliario, cesando en el mando del Cuerpo de Ejército de Marruecos. Pasados unos días, apenas las aguas se serenaron, volvió a asumir el mando de ese mismo Cuerpo. Libró la batalla del Ebro. Y cumplió su deseo de entrar a pie en Barcelona amenazando con una fusta a los insensatos que querían quitar el nombre a la plaza de Cataluña. En el intermedio entre ambas operaciones escribió a Franco, el 9 de diciembre, desde un lugar del frente, la carta de más encendida adhesión que cabe imaginar.<sup>20</sup>

De acuerdo con las instrucciones recibidas, el embajador alemán planteó a Franco, en una entrevista larga, el día 3 o 4 de mayo de 1938, la conveniencia de negociar un tratado que reemplazase el de marzo de 1937: se hablaba ahora de un compromiso de neutralidad favorable a Alemania en caso de guerra, vinculación estrecha entre los dos ejércitos y apoyo diplomático completo en el caso de que se produjera alguna amenaza contra el III Reich. Franco eludió la cuestión diciendo cuánto le complacía ese estrechamiento de relaciones de modo que ordenaría a su ministro que comenzase a negociar un tratado cultural. Pero cuando el embajador le dijo que no se irataba de esto sino de adherirse plenamente al Pacto Antikomintern, el Generalísimo, tras afirmar que nadie en Europa hacía una política más anticomunista que la suya, aclaró que, antes de la conclusión de la guerra, no podía plantearse esa cuestión, ya que disgustaría a Inglaterra, con quien las relaciones iban por buen camino.<sup>21</sup> No sólo con Inglaterra —añadía Stohrer por su cuenta— ya que también estaban tomando contacto con Francia. Antes de despedirse, el embajador regaló a Franco un ejemplar del acuerdo y, pasados unos días, también el texto de los discursos que pronunciarían en Roma Hitler y Mussolini durante aquel decisivo encuentro del 10 de mayo.

Los documentales cinematográficos nos ayudan a comprender ese hecho de singular importancia. Hasta entonces, Mussolini había sido un simpatizante, un alia-

do útil en ocasiones, un político dispuesto a beneficiarse de la situación. Ahora el magnetismo del Führer pareció captarle haciendo de él una especie de satélite trasido de admiración y arrastrado inexorablemente al gran desastre. Poco antes de salir hacia Roma, Ribbentrop había cursado a Stohrer nuevas instrucciones: negociar, cuanto antes, en lo que fuera posible.<sup>22</sup>

3. De este modo los nuevos responsables de la Wilhelmstrasse, insertaban los intereses mineros a los que de ninguna manera querían renunciar, en una ambición más amplia y más amenazadora: por medio de un gran pacto político, España debía ser sometida a la influencia directa del III Reich, el cual, aun en el caso de no participación en la guerra («neutralidad benévola»), podría disponer de los recursos económicos de la aliada. A partir de aquí, en el momento en que así conviniese, España podía ser obligada a participar en la guerra. La decisión de Jordana que era, en definitiva, la de Franco, resultaba resueltamente negativa: dijo al embajador que ni siquiera estaba dispuesto a firmar un acuerdo secreto, pues nada hay tan público como un pacto de esta naturaleza.<sup>23</sup> Ribbentrop recomendó de momento a Stohrer que desistiese porque no quería dar la sensación del pobre suplicante. Luego...

Lo difícil, para Franco y su Gobierno, era convencer a sus partidarios de que estaban siguiendo el camino correcto. Ante los jóvenes intelectuales, muy brillantes, que rodeaban a Serrano Suñer y a Fernández Cuesta, personas como Jordana, muy respetables sin duda, significaban el tiempo pasado. Ellos estaban convencidos de que el sistema liberal parlamentario, y cuanto con él se relacionaba, había llegado al agotamiento final y que el deber fundamental del Caudillo consistía en acelerar el proceso mediante el cual España progresaría hasta alcanzar la plena madurez de los Estados totalitarios: éstos –incluyendo a la Unión Soviética– habían demostrado plenitud y poder. Sería una locura volver atrás o no acompañar a los astros rutilantes del escenario europeo en su ascenso. Los dirigentes que acompañaban a las muchachas o a los jóvenes en sus viajes a Nurenberg o a Roma, volvían entusiasmados de lo que habían visto: uniformes, disciplina, luz y consignas, voluntad de poder.

Pero entre los militares, que finalmente constituían la cúpula de poder más fuerte en el interior, no abundaban estas opiniones. Muchos eran monárquicos, como Kindelán, Orgaz o Varela, y pensaban que el término de llegada del Alzamiento tendría que ser la restauración de la corona. Otros, como Queipo, preferían un sistema de Directorio militar sin sumisión a ningún partido. Los tradicionalistas, cuya participación en la contienda estaba resultando decisiva, buscaban un retorno a las instituciones tradicionales, con Monarquía, ciertamente, pero no la de los tres últimos reinados. Algunas divergencias resultaban especialmente notables. En Roma, Millán Astray llegó a decir que «fascismo, nacional-socialismo y falangismo son una misma cosa», demostrando tal vez su ignorancia sobre estas cuestiones. Por su parte el conde de Rodezno afirmaría en más de una ocasión que «la Constitución ha quedado restablecida, en absoluto, con las mismas líneas que tenía al advenimiento de la República».

Entre tanto, ¿qué pensaba Franco? En algunos de sus discursos y en declaraciones a la prensa hechas en marzo<sup>24</sup> insistía en algunos puntos que su conducta luego no desmintió. A veces se le han atribuido intenciones que no encajan con estas

palabras, pero un historiador tiene que atenerse a los hechos: en las intenciones no le es posible penetrar ni menos adivinarlas. «Aspiramos a la paz con Europa». «Queremos paz y amistad con todos los pueblos» y «Aspiramos a vivir largos años de paz compatible con el honor de nuestro nombre y la dignidad de nuestra Historia». Frases vacías, en opinión de sus adversarios, pero que fueron posteriormente confirmadas pues Franco fue un buscador de paz, atento a huir de cualquier riesgo. Ante los corresponsales extranjeros pretendía establecer tres principios esenciales: el mundo debía agradecerle a la causa nacional porque había impedido el establecimiento de un régimen comunista en la Península; no entraba en sus proyectos la cesión de bases ni de territorios a nadie; las naciones ribereñas del Mediterráneo deberían establecer contactos para un entendimiento.

4. Frente a la política de Jordana, que contaba con la plena conformidad de Franco, aparecían los proyectos franceses y alemanes; no los británicos porque, en términos generales, no se mostraban excesivamente preocupados por el rumbo que tomaba la nueva España en esta línea exterior. Después de que el plebiscito acordara la incorporación de Austria a Alemania y de que Konrad Henlein, dirigente del partido nazi sudete, iniciara lo que era ya una revuelta contra Praga, el Gobierno francés comenzó a sentir angustia: estaban resquebrajándose todos los sistemas de seguridad creados después de 1918; la posibilidad de una guerra entraba ya en los cálculos de los políticos. Gran Bretaña y Francia necesitaban ganar tiempo. En aquellos momentos sus preparativos bélicos estaban muy retrasados. De acuerdo con el informe del Consejo Superior de la Defensa francés, de 24 de abril de 1938, la presencia de tropas alemanas e italianas en España significaba que en caso de conflicto ambos países dispondrían del territorio español. No recomendaba intervenir en la Guerra Civil, pero sí conseguir dos condiciones: una solemne declaración de neutralidad por parte de Franco y la retirada de estas tropas lo antes posible. Como veremos el Generalísimo también deseaba ambas cosas. El compromiso anglo-italiano del 16 de abril parecía reducir el problema a menores dimensiones.

Por su parte Joachim von Ribbentrop, que desde febrero dirigía la política exterior del III Reich, aspiraba a conseguir la conversión del nuevo Régimen español en un aliado obediente de los proyectos alemanes: programa mínimo, las concesiones mineras; programa máximo la alianza militar; en medio estaba la nazificación del Régimen. Pero ésta, en opinión de von Stohrer, era muy problemática. El 19 de mayo, al mismo tiempo que daba cuenta de su conversación con Jordana, tan decepcionante —ni siquiera estaba dispuesto a admitir un convenio secreto—, el embajador remitía un largo informe a la Wilhelmstrasse acerca de la situación española. Este informe contiene muchos errores de apreciación, sin la menor duda, pero fue de mucha importancia porque Ribbentrop acomodó a él sus propias decisiones.<sup>25</sup>

En primer término, el Régimen, nacido de una guerra civil, tenía que tener en cuenta la resistencia interior; aproximadamente el 40% de la población, estimaba el embajador, era desafecta; incluso fuertes guerrillas estaban actuando en la retaguardia y las duras represalias que como consecuencia se ejercían ampliaban el descontento. No había un Partido sólido, como en Alemania, sino un Movimiento dentro del cual se hallaba instalada Falange Española, que era la que más posibilidades ofre-

cía hacia el futuro, con su programa de justicia social coincidente, en gran medida, con el de los «rojos». Franco era, según Stohrer, partidario de los ideales falangistas, y estaba consiguiendo mantener un equilibrio entre sus compañeros de armas, cuyas malas relaciones recíprocas, según había demostrado el discurso de Yagüe del 19 de abril, podían estallar en cualquier momento. Pero, concluía, atención a la Iglesia y a la Monarquía porque eran, a su juicio, los fundamentales apoyos del Régimen y con ambas habría de contar la futura política alemana.

La Iglesia, que significaba apoyo a los sectores reaccionarios, acababa de obtener un éxito muy considerable, el retorno de la Compañía de Jesús, dotada de enorme fuerza, con gran descontento de algunos sectores falangistas. Sobre Franco, según Stohrer, influían muy poderosamente el dominico Menéndez Raigada y el administrador apostólico de Vitoria, monseñor Lauzurica —qué él escribía Luzurika—, los cuales orientaban la legislación. En cuanto a la Monarquía no había unanimidad en las opiniones, y las personas consultadas estimaban que en aquellos momentos si hubiera de celebrarse un plebiscito, los monárquicos, pese a lo que ellos creían, se encontrarían en notoria inferioridad. De modo que en esa cuestión les urgía confiar en el monarquismo del Generalísimo. «Se considera generalmente como cierto que Franco piensa muy seriamente en una restauración» y, por eso, «creo muy posible ... que el tercer hijo del ex-rey Alfonso XIII, el infante don Juan, sea llamado al trono de España».

5. El embajador se engañaba en algunas de sus apreciaciones. Más importante era el cardenal Gomá que Lauzurica a la hora de influir en Franco. Hacía pocos meses que otro personaje, fray Justo Pérez de Urbel, había entrado en la Sección Femenina de Falange. Había sido recomendado a Pilar Primo de Rivera por Severino Aznar, padre de Agustín, casado con Dolores Primo de Rivera. Severino Aznar era secretario general de las Semanas Sociales Católicas y, por consiguiente, interesado en vincular el falangismo a estas corrientes. La influencia de fray Justo, monje benedictino de Silos, discípulo del P. Luciano Serrano, resultó decisiva, como se advertiría en el transcurso del tiempo. Implantó la liturgia benedictina en las juventudes de Falange habituándolas a la misa diaria dialogada, el canto gregoriano y la preocupación religiosa. Fue también «consejero general y particular de los casos difíciles» y consiguió que el falangismo apareciese como una de las formas políticas compatibles con el cristianismo. Cuando el Papa recibió por primera vez en audiencia a grupos de estas jóvenes, se sorprendió.

Religión envuelta en poesía. Se recordaba por aquel entonces la frase de José Antonio de que «a los pueblos sólo les han movido los poetas» y por eso se decidió que el homenaje a su memoria tenían que hacerlo también los mejores poetas. Eugenio d'Ors se encargó de reunir una corona de sonetos: para un historiador no deja de ser significativo ver juntos ciertos nombres como Álvaro Cunqueiro, Pemán, Luis Rosales o Manuel Machado, con obras que han sido después condenadas al olvido porque la izquierda intelectual pronto fue vencedora. Y no perdona. Paralelamente aparecían los primeros números de la revista Y. El título era la inicial arcaica del nombre de Isabel la Católica, cuya memoria se recordaba: los intelectuales que en ella colaboraron son la prueba mejor de cómo la Falange femenina, superando en este punto a la masculina, trataba de imponer un espíritu amplio, a la búsqueda de un Humanismo rescatado.<sup>26</sup>

## V. LA LEY DE MINAS.

1. La negativa, sumamente cortés, a firmar un tratado de alianza, abrió sin embargo el camino a otras negociaciones, culturales, económicas y de cooperación. Stohrer se hallaba sin duda informado de que el Consejo de Ministros se estaba ocupando de la elaboración de la nueva ley de Minas. El 5 de junio el embajador alemán fue llamado a Burgos; previamente se le informó de que la nueva Ley de Minas estaba firmada, era favorable a los intereses alemanes y no se publicaría hasta pasados unos días para que Berlín tuviera conocimiento previo. El porcentaje de capital extranjero se elevaba del 25 al 40% y se permitían además excepciones que podían favorecer a los amigos. En todo caso el presidente y dos tercios del Consejo de Administración tendrían que ser españoles. Stohrer solicitó una entrevista con el Generalísimo para discutir los términos del texto y le fue negada. Tuvo que conformarse con ver a Jordana, al que expresó con energía la cólera que la conducta española le producía: la ley se había hecho a sus espaldas, se le comunicaba cuando estaba firmada y no cabían en ella modificaciones, y no hacía excepción alguna en favor de Alemania. También cabía capital británico en la misma proporción. Dijo, en tono destemplado, que si su presencia no se estimaba que se lo manifestasen porque luego tendrían que explicarlo en Alemania. Luego rectificó explicando a sus superiores que lo conseguido era más que suficiente para los intereses alemanes.<sup>27</sup>

De este modo se llegó a una solución en el debatido proyecto Montana. Parece que debemos destacar aquí cómo Franco y sus colaboradores conservaron la propiedad eminente española sobre los recursos mineros no otorgando a Alemania condiciones exclusivas, sino generales.<sup>28</sup> Para los británicos la ley de Minas debió resultar tranquilizadora porque confirmaba situaciones que pueden considerarse normales. Stohrer defendió ante sus superiores el resultado final de sus gestiones diciendo, el 10 de junio, que no era la ley de Minas tan desfavorable como él, por razones políticas, había tenido que reprochar a sus interlocutores españoles.<sup>29</sup> Así lo entendieron también en Berlín: el 20 de junio el secretario de Estado, Weizsäcker, informó a Stohrer para que él lo comunicase a Franco, que se había decidido reforzar la Legión Cóndor hasta que hubiese recobrado su antigua potencia.<sup>30</sup>

2. La sensación que en Burgos y Salamanca se tenía era, más o menos, la siguiente: los alemanes eran aliados más duros, negociadores exigentes, pero bastante firmes una vez que se fijaban las condiciones, mientras que los italianos, más generosos y dúctiles, resultaban imprevisibles y muy difíciles de controlar. Jordana explicó al embajador en Berlín, Magaz, por medio de una carta que llevó personalmente el general Orgaz, que se había llegado al límite de las concesiones; no habría más. Las exigencias de Stohrer, que habían molestado al vicepresidente español, demostraban a juicio de éste —y había unanimidad en el Consejo de Ministros— que se preparaba una invasión de capital alemán en España, la cual sería enérgicamente resistida ya que nadie estaba dispuesto a hipotecar sus riquezas.<sup>31</sup> Chamberlain que conocía todos estos entresijos, se mostraba de acuerdo con la postura española y trataba de convencer a Daladier de que la mejor política era garantizar la neutralidad futura de Franco; con una victoria republicana ya no podía contarse. La convicción fue tan fuerte que el 13 de junio el Gobierno francés anunció un nuevo cierre formal de la

frontera española. De este modo cuando Álvarez del Vayo volvió a plantear en la Sociedad de Naciones el caso español, solicitando una intervención, se quedó solo: tan sólo la URSS votó en favor de la propuesta.

Neutralidad que tenía un precio, evidentemente, vaciar la Península de soldados extranjeros. A Francia no preocupaba tanto la presencia de la Legión Cóndor, cuyas dimensiones no eran muy grandes, como las Divisiones italianas que, al desconocerse su composición, parecían un verdadero ejército fascista. El Cuartel General se vio sorprendido una vez más por las acciones de la aviación italiana que, sin tener en cuenta las instrucciones recibidas, bombardeó Valencia. El 23 de junio de 1938 enérgicas instrucciones de Kindelán<sup>32</sup> prohibieron los bombardeos sobre objetivos que no hubiesen sido señalados por el mando. En los ataques de los días 22 y 27 de junio fueron dañados dos barcos británicos en Valencia y hundido uno en el puerto de Alicante. Chamberlain se indignó; como de costumbre se implicó a los alemanes en estos ataques. Magaz sugirió en la Wilhelmstrasse que, a través de su Embajada en Londres, se hiciese un desmentido público, pero Ribbentrop afirmó, que, siendo culpa de los italianos, correspondía al Cuartel General de Salamanca poner las cosas en su punto, librando a sus amigos de Alemania de la injusta sospecha.<sup>33</sup>

En la práctica casi todo el tráfico de mercancías hacia la zona republicana lo estaban haciendo barcos griegos que se abanderaban en Inglaterra por actuar por cuenta de empresas británicas. No se trataba en este caso de material de guerra propiamente dicho, y por ello la posición de Franco era muy delicada: no era justo tomar represalias sobre barcos de otros países que transportaban alimentos u otros bienes semejantes. El Gobierno nacional notificó entonces a Chamberlain que estaba dispuesto a tratar de la retirada de voluntarios extranjeros bajo la condición, siempre exigida, de reconocimiento de beligerancia, lo que le daría también una especie de control sobre el tráfico en aguas jurisdiccionales aún conservadas por el enemigo.

Quedaba sobre la mesa el proyecto Negrín respecto a una intervención de otras potencias europeas para lograr la paz negociada. Franco habló de este asunto con Stohrer a finales de junio de 1938 y dejó bien clara su intención de proseguir la guerra hasta alcanzar la victoria final: recogió la impresión de que el Generalísimo sabía que los «rojos» eran conscientes de su derrota y, por tanto, que su esperanza estaba en un conflicto general europeo que arrastrase también a los españoles. Pero los alemanes sabían que una propaganda en favor de la negociación se estaba difundiendo por la zona nacional, donde los falangistas, estimulados por el discurso de Yagüe, acusaban a Martínez Anido de estar desarrollando una represión estúpida; de modo que si Franco se oponía demasiado abiertamente a las presiones exteriores en favor de la paz, corría el riesgo de ser derribado por los suyos.<sup>34</sup>

La propuesta de Negrín se basaba en los 13 puntos formulados por él, el 1 de mayo de 1938, como programa de Gobierno, según hemos explicado.<sup>35</sup> Fueron comunicados al Gobierno británico que no los tomó en consideración excepto como estímulo para una nueva propuesta preparatoria de acuerdo con sus propios intereses: se comenzaría con la retirada de voluntarios. El 13 de julio Jordana llamó a los embajadores de Alemania e Italia para pedirles consultasen a sus respectivos Gobiernos, teniendo en cuenta que la inspección sería fácil en la zona nacional, donde había unidades orgánicamente constituidas, y muy difícil en la zona roja. Weizsäcker contestó el día 21, tras la consulta: Franco tenía que dar respuesta positiva,

ganando tiempo y reclamando, como condición previa, el reconocimiento de sus propios derechos como beligerante. De acuerdo con esta respuesta se redactó la nota española: primero, beligerancia; luego retirada de 10.000 voluntarios de cada bando y así sucesivamente hasta la liquidación total. A Weizsäcker le pareció el tono un poco áspero, pero estuvo de acuerdo con ella.<sup>36</sup>

3. En las ciudades de la zona nacional, el 18 de julio fue conmemorado con actos en que prevalecía una excesiva retórica; muchos de los que intervinieron en ellos muy poco tiempo después habrían deseado que se borrasen sus palabras. Lo que hace de Franco un personaje bastante singular es que repetiría lo mismo a lo largo de su dilatada existencia; tenía, al parecer, firme convicción. Dionisio Ridruejo le recomendó pronunciar su discurso en el teatro Calderón de Valladolid, que sirviera de escenario a José Antonio en 1935 para la unificación de Falange y las JONS. En esta ocasión hablaron también Fernández Cuesta y el general Millán Astray. El Jefe del Estado, que simultaneaba la pieza oratoria con declaraciones a periodistas extranjeros hubo de matizar sus palabras, sin preocuparse de que formaran contraste con las de los otros oradores. Havas y United Press difundieron el texto de las declaraciones.

Se reconocen, en la argumentación empleada, tres ejes que no significaban ninguna novedad. Dijo Franco que el Alzamiento militar se había hecho imprescindible a causa del desorden y violencia a que llegara la República, al ser puesta en manos precisamente de quienes tomaran antes las armas para destruirla. Cuando los políticos abandonan el poder y éste se encuentra en la calle, corresponde al Ejército, salvaguardia de la Patria, recogerlo. Anunció que la victoria era segura y estaba ya muy próxima. También se refirió al perdón para los arrepentidos pero de una forma muy matizada, dando a entender que habría también castigo de los crímenes cometidos al socaire de la guerra. Al referirse al Estado con la conocida frase de su servicio totalitario al país, lo presentó como antítesis de los sistemas liberales pero arraigado en las antiguas libertades españolas entroncadas con la fe religiosa y el espíritu militar de servicio.

Sin duda se trataba de un discurso ampuloso, cargado de frases hechas, muchas de las cuales estaban destinadas a arrancar los aplausos del auditorio. Pero carecía, en absoluto, de aquella calurosa vibración que los grandes líderes del totalitarismo empleaban para electrizar a las multitudes. La voz, aguda y tenue, del Generalísimo español tampoco servía para esos menesteres. Los consejeros alemanes y luego Samuel Hoare, embajador inglés, se burlaban de ella comparándola con la oración de un almuédano desde la torre de la mezquita. No podían comprender que, precisamente por eso, seguiría sonando muchos años después de que, entre escombros, se apagaran los ecos de la potente voz que llenaba la gran explanada de Nürenberg.

<sup>15</sup> G. Hills, *Franco*, p. 319.

<sup>16</sup> Explicación de estos conceptos de libertad profunda versus libertad abstracta, se encuentra en A. Muñoz Alonso, *Un pensador para un pueblo*, Madrid, 1969, p. 296 y ss., libro hoy casi desconocido pero indispensable.

<sup>17</sup> *Pensamiento Político*, I, p. 353.

<sup>18</sup> H. Thomas, *op. cit.*, II, pp. 866-867, utiliza para el cómputo de víctimas los incorrectos *Diarios de Ciano* y algunos informes de diplomáticos británicos que sólo tenían noticias indirectas. Según los informadores italianos las víctimas mortales serían 500 y con toda probabilidad no bajaron de 400. Se trata de la cifra más grave de toda la Guerra Civil española. Ciano supo que Franco había pedido a Mussolini que no repitiera los ataques, pero en cuanto al objetivo perseguido por el Duce con esta agresión, sólo pueden conjeturarse:

- a) disuadir a Francia de cualquier proyecto de intervención en España;
- b) colocarse a la misma altura de los alemanes;
- c) presionar a Franco y a su hermano, que iba a llegar a Roma, para que pagasen.

J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 308-312.

<sup>19</sup> En su despacho de 23 de marzo, Stohrer dijo que no sabía de dónde había partido la orden. *Wilhelmstrasse*, III, p. 510.

<sup>20</sup> Curioso juego de engaños que revela el cinismo de la diplomacia. El 26 de marzo el embajador italiano, Viola, fue a ver a Stohrer y le dijo que acababa de recibir la visita de Antoniutti; el delegado apostólico había recibido instrucciones para que la Embajada italiana también pidiese a Franco el cese de los bombardeos y aunque Antoniutti había hablado de esta cuestión con Franco, ignoramos cuál fuese la respuesta (*Wilhelmstrasse*, III, pp. 512-514). Por su parte R. Hodgson, *op. cit.* pp. 126-127 recuerda que él visitó al conde de Jordana con el mismo objeto y recibió la respuesta de que se estaba tratando de humanizar la guerra pero que eran inevitables accidentes de esta clase.

Todo el mundo se permitía el lujo de reprender a Franco por este acto censurable; incluso aquellos que lo habían cometido. La situación resulta paradójica.

<sup>21</sup> Informe Keitel en *Wilhelmstrasse*, III, p. 510. Parece que la cuestión de neutralizar una franja fronteriza no fue nunca planteada por el Gobierno francés y que constituye una interpretación unilateral de los servicios alemanes.

<sup>22</sup> J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, p. 575 y ss.

<sup>23</sup> A. Viñas, *Guerra...*, pp. 173-174.

<sup>24</sup> «La impresión general —escribió Canaris— ha sido que Franco se esfuerza visiblemente en emanciparse. Daré detalles a mi regreso» *Wilhelmstrasse*, III, pp. 515-519.

<sup>25</sup> Telegrama Ribbentrop 6 de abril. *Wilhelmstrasse*, III, p. 522.

<sup>26</sup> A. Viñas, *Guerra...*, pp. 174-175.

<sup>27</sup> A. Viñas, *Guerra...*, pp. 180-181.

<sup>28</sup> J. Tusell, *Franco*, p. 148, atribuye a Serrano Suñer esta iniciativa.

<sup>29</sup> J. M. Martínez Bande, *La batalla de Pozoblanco y el cierre de la bolsa de Mérida*, Madrid, 1981, pp. 28-45.

<sup>30</sup> J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, pp. 121-123.

<sup>31</sup> J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar*, p. 113, nota 124, publica íntegra la orden.

## Notas al Capítulo 32.

<sup>1</sup> George Roux, *La guerra civil de España*, Madrid, 1965, pp. 85 y ss. Ver también J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar...*, pp. 188-191.

<sup>2</sup> M. Azaña, *Obras completas*, IV, pp. 876-877.

<sup>3</sup> V. Cárcel, *op. cit.*, p. 313 y ss.

<sup>4</sup> Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, Madrid, 1978.

<sup>5</sup> Segismundo Casado, *Así cayó Madrid. Último episodio de la guerra civil española*, Madrid, 1968, en especial p. 106.

<sup>6</sup> R. de La Cierva, *Franco*, p. 240, dice que el propio Franco le confirmó en 1972 que esta decisión fue tomada ante el temor de que los franceses intervinieran.

<sup>7</sup> Mandaba esta División Antonio Beltrán, a quien apodaban «el Esquinazao», hijo y nieto de contrabandistas, que conocía el terreno. Acabó huyendo a Francia y a la URSS y, como tantos otros, desengañándose del comunismo.

<sup>8</sup> Es muy cierto lo que aprecia J. Tusell, *Franco*, p. 265: se aprovecharon las circunstancias de guerra para suprimir la libertad de prensa. Ocurre, sin embargo, que este autor considera la libertad de prensa—que permite a los propietarios de los periódicos formar a su imagen la opinión pública— como un bien fuera de toda discusión, mientras que Serrano Suñer y sus colaboradores la consideraban como un mal a corregir.

<sup>9</sup> Esta documentación se conserva en Salamanca. Ver sobre el tema B. Crozier, *op. cit.*, I, pp. 406-407.

<sup>10</sup> Seguimos a J. M. Martínez Bande, *La llegada al mar y La batalla del Ebro*, Madrid, 1988, p. 21 y ss., evitando repetir innecesariamente las citas.

<sup>11</sup> En junio de 1938, en la revista *La Hora de España*, se publicó un soneto de Antonio Machado, considerado como primer poeta de España, dedicado a Lister; pronto se hizo famoso:

Tu carta —oh noble corazón en vela,  
español indomable, puño fuerte—  
tu carta, heroico Lister, me consuela  
de esta, que pesa en mí, carne de muerte.  
Fragores en tu carta me han llegado  
de lucha santa sobre el campo ibero;  
también mi corazón ha despertado  
entre olores de pólvora y romero.  
Donde anuncia marina caracola  
que llega el Ebro, y en la peña fría  
donde brota esa rúbrica española,  
de monte a mar, esta palabra mía:  
«Si mi pluma variara tu pistola  
de capitán, contento moriría».

No deja de ser detalle curioso que, entre los papeles que tenía Franco en su despacho, figurara una copia del famoso soneto. ¿Había, en esa evocación, «que llega el Ebro», una especie de premonición de lo que muy pronto iba a suceder?.

<sup>12</sup> J. Tusell, *op. cit.*, p. 197.

<sup>13</sup> Tras el Anschluss, la diplomacia británica hizo un esfuerzo de acercamiento a Italia. El principal resultado fue ese acuerdo de 16 de abril. Mussolini se comprometía a retirar los voluntarios y, en todo caso, a que no quedase ninguno tras el fin de la guerra.

<sup>14</sup> Ver la carta de 12 de enero de 1938 al teniente coronel Ungria, que era jefe de los servicios secretos. Publicada en *Documentos*, I, p. 177.

<sup>15</sup> Salas Larrazábal y J. M.<sup>a</sup> García Escudero, *op. cit.*, III, pp. 1.570-1.571, suponen que Canaris comunicó entonces a Franco los planes que había en Francia para invadir Cataluña.

<sup>16</sup> Despachos Stohrer de 28 de enero y 8 de abril de 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 471-474 y 525-527.

<sup>17</sup> De acuerdo con los datos de W. von Oven, *op. cit.*, pp. 440 y 461 la Legión que había perdido 27 hombres en la batalla de Teruel, registró otras 48 bajas entre febrero y julio.

<sup>18</sup> Despachos 22 abril y 4 mayo, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 527-538. Sólo entre abril y mayo cruzaron la frontera 25.000 toneladas de material incluyendo 300 aviones rusos desmontados. H. Thomas, II, p. 884.

<sup>19</sup> El discurso, parcialmente recogido por M. García Venero, *Falange*, pp. 436-437, no parece tener el tono subversivo que algunas veces se ha querido descubrir. No dice nada que, en una u otra ocasión, no repita Franco: también éste elogiaba a los soldados rojos y decía desear que pronto los detenidos volviesen a sus familias. Me parece que los dos aspectos graves del discurso fueron la injuria a los extranjeros y la defensa calurosa de Hedilla.

<sup>20</sup> *Documentos*, I, pp. 278-279.

<sup>21</sup> *Wilhelmstrasse*, III, pp. 538-540.

<sup>22</sup> J. Tusell, *Franco*, pp. 204-205, atribuye a Jordana esta negativa, pero la documentación

alemana no permite dudar que el ministro y el Jefe de Estado pensaban de la misma manera.

<sup>23</sup> Despacho Stohrer 19 mayo 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 548-551.

<sup>24</sup> *Pensamiento Político*, I, p. 50. Las declaraciones en *Documentos*, I, pp. 184-186.

<sup>25</sup> *Wilhelmstrasse*, III, pp. 540-548.

<sup>26</sup> *Crónica de la Sección Femenina*, pp. 79-81.

<sup>27</sup> Despacho Stohrer 5 junio 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 557-558.

<sup>28</sup> Cuenta Ramón Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 49, que por estos días Franco se hallaba sumamente irritado y que una vez, durante el almuerzo, dijo que prefería perder la guerra antes que ceder o hipotecar ni un ápice de la riqueza española.

<sup>29</sup> *Wilhelmstrasse*, III, pp. 569-572. La cláusula de garantía en que confiaba el Gobierno español, podía ser burlada en opinión de Stohrer utilizando hombres de paja en los Consejos de Administración de las empresas que iban a constituirse al amparo de la ley. Cinco nuevas empresas mineras se registrarían en agosto de 1938 (*Wilhelmstrasse*, III, pp. 610-612); los alemanes no tardaron en descubrir que se les habían asignado concesiones poco rentables. A pesar de todo no debe olvidarse que, gracias a la Guerra Civil el III Reich poseería una fuerte implantación económica en España.

<sup>30</sup> Instrucción de Weizsäcker el 20 de junio de 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 575-576.

<sup>31</sup> J. Tusell, *Franco*, pp. 205-206. En estos momentos había escasa información en España respecto al régimen alemán. Por ejemplo en el informe que el teniente coronel enlace con el CTV entregó el 12 de junio, decía éste que los italianos poseían verdaderas Milicias del Partido mientras que en Alemania sólo dos Divisiones SS para guardia de Hitler.

<sup>32</sup> Las instrucciones de 23 de junio en *Documentos*, I, p. 190.

<sup>33</sup> Instrucciones desde Berlín 30 de junio de 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 586-587.

<sup>34</sup> Informe Stohrer de 1 de julio. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 588-591.

<sup>35</sup> Conviene indicar que los puntos de Negrín fueron rechazados por la FAI porque los consideraba malos para una capitulación. J. Peirats, *La CNT en la guerra civil española*, III, Toulouse, 1953, pp. 118-119.

<sup>36</sup> Despachos e instrucciones de 13, 21 de julio y 11 de agosto en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 601-602 y 607-609.

### Notas al Capítulo 33.

<sup>1</sup> Las tres obras fundamentales son: R. Salas Larrazábal, *El Ejército Popular*, IV, p. 3.285 y ss.; J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, p. 61 y ss., y R. Casas de la Vega, «La batalla del Ebro», en *La guerra y la paz*, pp. 291-316. Esta última es anticipo de un estudio monumental monográfico todavía inédito.

<sup>2</sup> M. Alonso Baquer, *La estrategia en la guerra de España*, pp. 239-241.

<sup>3</sup> Este dato es corroborado por Vicente Rojo, *España heroica*, Buenos Aires, 1942, p. 169 y en general por todos los que escribieron desde su bando.

<sup>4</sup> Azaña, *Obras Completas*, IV, p. 889, corrobora el dato. Sin embargo Antonio Córdón, *Trayectoria (recuerdos de una artillero)*, París, 1971, p. 425, explica que en estos mandos había un defecto insuperable. Se trataba de obreros convertidos en militares sólo después del 18 de julio.

<sup>5</sup> La preocupación, sobre todo, nació de las noticias de suministros. El 20 de agosto Martínez Anido notificó a Franco que un buque lituano con cañones antiaéreos suecos había llegado al puerto de Barcelona. En este momento, según otra nota, la Legión Cóndor estaba en condiciones muy precarias.

<sup>6</sup> El planteamiento de la batalla del Ebro fue motivo de graves discordias entre los generales, la mayoría de los cuales, se mostró contraria a la decisión. Aranda, y luego Yagüe, fueron los que más se opusieron. Una noticia dada por Lojendio, que era portavoz del Cuartel General, nos informa de que en cierta ocasión el Generalísimo comentó: «no me comprenden, no me comprenden; en treinta y cinco kilómetros tengo encerrado lo mejor del ejército rojo» (R. de La Cierva, *Franco*, p. 244-245, quien además recoge otros testimonios